

IGUAL TE INTERESA

CUENTOS Y MICROCUENTOS

XIBELIUSS

xibeliuss.jar@gmail.com

Esta obra está bajo una licencia Attribution-NonCommercial-NoDerivs 3.0 Unported de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/> o envíe una carta a Creative Commons, 171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.

Un final

No tenía más que dinero, una esposa tan rica como él y unos cuantos lobos acechando su corral. Y el rencor, claro. El rencor por lo que podía ganar y aún estaba en los bolsillos de los demás. Trepó uno por uno los escalones que conducen desde la miseria económica a la moral y tenía a gala demostrarlo en cada momento. Atesoraba medallas: misógino, maltratador, fascista de rancio salón. Eso sí: amigo de sus amigos -mientras pudiese sacar algo de ellos.

Hasta que un día...

Por favor, marque la opción que considere correcta:

A) se despertó sobresaltado y descubrió que todo había sido un sueño: nunca se casó con una millonaria, nunca pidió botellas de cava -no catalán, por favor- en el Joy Eslava. Había heredado de su padre el puesto de trapero en el Rastro y a los cincuenta y tantos se enteró de que quizás la jubilación tardase en llegar más de lo previsto.

B) volviendo a casa por la carretera de circunvalación le sorprendió el diluvio. En segundos se formó un tremendo atasco. Le exigió a su chófer que encontrase de inmediato una manera de salir de allí, pero no la había. De repente empezaron a caer del cielo sapos color magnolia: plof, plof, un golpe flácido tras otro. La carretera, los coches, se pintaron con las tripas de los batracios reventados. No duró poco.

Buscando la manera de explicarse el fenómeno que había vivido llegó hasta *"El libro de los Condenados"*. Sólo consiguió asomarse a lo aleatorio de la vida.

Abandonó todo. Fue visto por última vez, larga melena y cubierto de harapos, en el camino de Jasna Góra, pero no se tiene noticia de su llegada ante la Virgen Negra.

C) su hambre por comerse el mundo le llevó a

metérselo por la nariz, machacado en blancas líneas que prometían encontrarse en algún punto del infinito.

Pero no fue así. Sólo quedaron las líneas y el rencor.

Podrán abandonar el aula conforme vayan terminando el ejercicio.

Gracias por su atención.

Amistad

Querido amigo:

Espero que sepas cuánto ha significado tu amistad para mí. Cuánto los ratos que hemos pasado juntos, las veces que hemos alzado nuestras copas para brindar por el hecho de estar vivos, jóvenes de espíritu y alegres de corazón. Tanto conoces mi forma de pensar que hay veces que sabes lo que pienso antes que yo mismo. Tú eres lo que a mi me falta y espero haber sido para ti, al menos, un puerto seguro donde atracar cuando ruge la tormenta.

Hoy tengo ante mí no una copa de dulce vino, sino un cáliz de vinagre y hiel que he de apurar hasta las heces. Llega la oscuridad, el perro negro que devorará lo que mi vida ha sido, lo que me queda después de tantos años. No hay remedio: te miraré a los ojos y ni siquiera podré reconocerte.

Quiero encargarte que mires por los míos. Espero no echar sobre tus hombros una carga insoportable; sólo quiero que traslades a mi familia lo que tantos años has hecho conmigo. Estar ahí. Saber que hay alguien con quién contar. Ellos son yo. Si algo de mi paso por este mundo ha de quedar, está en sus manos, en su sangre, en su alma.

Y en cuanto a ti, cuando leas estas letras no volverás a verme. Quiero que te quedes con la imagen de tu viejo compañero de juegos, no con otra tan desfavorecedora. Voy hacia la oscuridad no feliz, por supuesto, al menos sereno. Tampoco quiero saber qué hay al otro lado de esta línea. Acabo aquí. ¿Te acuerdas...? "*Todo esto se perderá como lágrimas en la lluvia*"

Te nombro mi albacea para que no suceda así.

Te quiero.

La Vasija de Garbanzos

Has de saber, oh, princesa, que cuentan por ahí una fábula o proverbio, dicen que originario de los tiempos de esplendor de la ciudad de Ur. Es más o menos así:

"Mientras permanezcas soltero, cada vez que hagas el amor cuídate de introducir un garbanzo en una vasija.

"Cuando te cases, has de hacer lo contrario: saca un garbanzo cada vez que conozcas mujer.

"En los días finales de la vida comprueba el contenido de tu vasija.

Sabes, princesa, que escribo esto tal como lo narran por ahí: mi vasija hace ya muchos años que quedó vacía.

Hum, ahora que pienso... Princesa, y la tuya ¿como está?

Un trago para el camino

Noche de bodas de dos de mis mejores amigos. A mi espalda la fiesta continúa en el restaurante. He salido a la terraza buscando una brisa que me despeje, la corbata aferrándose al cuello a duras penas y una enésima copa de vino en las manos. Las luces de la ciudad dibujan a mis pies un jeroglífico que no consigo descifrar.

Fumo un cigarrillo tras otro. No sé porqué -la boda, los viejos compañeros- vuelvo a los veranos de entonces. No recuerdo cuándo te

conocí: siempre fuiste una más de la pandilla. Miento. Nunca una más. Jugamos todos los juegos de críos como si los hubiésemos inventado nosotros, corrimos aventuras sin cuento. Aún recuerdo el brillo de tus ojos, la sonrisa plena, cuando conseguíamos escapar de peligros inciertos. Un día me quedé pasmado admirando como el sol reverberaba en la curva de tu cuello, justo donde la melena se curvaba hacia adentro. Ese día supe que yo sería para ti y tú para mí. Todos lo supieron luego.

Sacudo la cabeza. Hacía tiempo que no me daba una orgía de recuerdos como ésta. Sabes, siempre he sido más de vivir en el presente. Nunca me senté, lápiz y papel en mano, dispuesto a planificar las grandes líneas de mi vida. Habrá quien diga que nunca supe qué hacer con ella. Por entonces yo sentía, mas que pensar, que la pasaría junto a ti: viajes de varios meses, peripecias de película... siempre a tu lado. Miro en dirección a nuestro antiguo barrio. Aunque hubiese más luz, los nuevos rascacielos no me dejarían verlo desde esta terraza.

No puedo engañarte: no pienso en ti constantemente. Ni siquiera a menudo. Sí, alguna vez me sorprende preguntándome qué será de tu vida. Qué caminos habrás elegido. Lo intentamos, incluso antes de tener edad para ello. A fe que lo hicimos. No funcionó. Eramos, quizás, demasiado jóvenes, demasiado puros, demasiado libres... La pena fue cómo acabó: una discusión tonta más, un yo no llamo, yo tampoco y... se perdió. Deberíamos haber sido para siempre aquellos niños corriendo en bicicleta hacia nuestra cabaña de cartones, allí donde el parque se convertía en bosque.

Alzo mi copa hacia la luna nueva, en un brindis por los amores perdidos. Sobre todo, por los amores de infancia que no supieron sobrevivir a la juventud. Si al menos fueras tú la novia de hoy me hubiese dado el gusto de volver a verte.

Es mejor así.

Apuro el último trago y regreso a la fiesta.

Mal Santa

Hay un Santa Claus malo, no sé como se llama, igual que hay un Diablo frente a Dios. El Santa Claus malo cuida de los suyos y trabaja durante todo el año fabricando juguetes para ellos. Sus ayudantes son orcos y en lugar de trineo usa la Harley del Motorista Fantasma. Yo no lo he visto nunca, pero debe ser todo un espectáculo descubrir su estela de fuego atravesando la noche de invierno, llegar ante una casa, derrumbar la puerta de una patada e inundar la chimenea con regalos para el niño más cabrón de la casa:

- ¡Ho-ho-ho! – gritará - ¡Aquí lo tienes, imbécil!. ¡Todo lo que has pedido!

Y el niño, que como es un cabrón estará despierto sea la hora que sea, cogerá las pistolas, o los subfusiles, o quizás el bazooka, para apuntar – con un ojo guiñado y la lengua cogida entre los dientes en gracioso gesto – a los aterrados padres que se apiñan en el fondo del salón.

La mujer de su vida

Una noche bailó con la mujer de su vida. Una canción francesa, ellos la hicieron lenta. Tenían doce o trece años. Ella lo obsesionaba. Él le gustaba. Fue en una verbena de pueblo. Pegaron sus cuerpos para que nada, ni siquiera el aire, pudiera interponerse entre ellos. Acabó la fiesta, volvieron cada uno a su casa. No hace mucho se enteró de su matrimonio, de sus hijos. A lo mejor volvieron a encontrarse, pero no la reconoció.

La segunda mujer de su vida era una niña y él era un niño. Podía haber sido tanto y no fue nada: no sabían, no lo supo. Una vez, años después, intentaron hallar los caminos perdidos. La niebla los había borrado. Quisieron saldar una deuda que ya no tenía sentido. Quizás exista un mundo paralelo en el que sí supieron y dos clones suyos sacaron algo adelante. O, al menos, lo intentaron.

Otra mujer de su vida fue una chica de la pandilla. Una tarde ella quiso mostrarle los rincones más escondidos del jardín. Hoy ni siquiera recuerda su nombre, pero no la olvida. Despertó en él tal curiosidad que se echó al camino a conocer a tantas mujeres de su vida como fuera posible. Pero de su cartera nunca sacó dos fotos, por muy ajadas que estuvieran: una verbena de pueblo y una niña a la que no conoció.

Paseando por el bosque descubrió los ojos de una nínfula clavados en los suyos. Una patada en el corazón. Las mujeres de su vida se alinearon una tras otra y desaparecieron por el túnel, saludando con la mano. Discúlpenle: era una nínfula, claro.

El edén no siempre está a la vuelta de la esquina. Pero la búsqueda es muy divertida.

Y en esas están.

El libro de instrucciones de la vida

-Estás envejeciendo muy mal -dijo ella, en tono de guasa.

Él se quedó sorprendido. “¿Estoy *envejeciendo*?”

De niño tenía la sensación que, al cumplir un determinado número de años, alguien vendría a entregarle el *Libro de Instrucciones de la Vida*. El fin de toda incertidumbre. Entonces sería tan sabio como sus padres.

¿Problema?: Me gusta mucho esa niña, pero, cuando estoy a su lado, sólo me sale tirarle de las trenzas. ¿Solución?: Página ciento catorce, apartado dos be. Ya. Pero alguien no vino.

Pasaron los años. Él mismo se convirtió en padre. Seguía teniendo todas las dudas. La comadrona tampoco le entregó el *Libro* de su hijo. Eso sí: le dijo cómo sacarle los gases al bebé después de la toma. Golpecitos, golpecitos. Y mucho amor.

Y ahora ésta le decía que estaba envejeciendo. Lo de mal no le importaba mucho, la clave era que, según ella, estaba en el camino de la siguiente pantalla: el viejo sabio. Pero no se notaba más sabio. Como mucho había ganado experiencia. A veces se encontraba en situaciones que ya había vivido antes. O parecidas. Pero eso era todo. Seguía dudando.

Empezó a pensar que el encargado de entregarle el *Libro de Instrucciones de la Vida* se lo había guardado para él. El listo.

O que el *Libro* no existía, lo que casi era peor.

Malditas dudas.

La luz, la luz

Una mañana más. Batín de cuadros. Chanclas de cuadros. Colacao con magdalenas, mesa camilla. El periódico del día, anuncios por palabras, ofertas de empleo.

Comercial, vendedor, encuestador. Empapa la primera magdalena. El día se ve gris tras los visillos. Se está levantando la pintura del marco. Hay que hacer algo o se descascarilla entero.

Señoritas liberales, gente con iniciativa, grandes retribuciones. Segunda magdalena. Hoy falta el de Rajusa. Ah, no, está más abajo. Se

habrán retrasado al mandar el anuncio. O que se van a la ruina. Será eso. Cómo está todo.

Uno nuevo: *“Gracias, Espíritu Santo”*

Sí. Gracias.

No te jode.

Que se lo digan a José. El carpintero, ése.

Tercera magdalena. Un chaval de pueblo. La luz, la luz. Una vocación irresistible. Veinte años de cura. Misas mañaneras, santos óleos, catequesis para el niño y la niña. Se fue tal cual llegó: ya no hay fe, ya no hay vocación. A la calle.

Ahora: la cola del paro. *“¿Y usted qué sabe hacer?”* *“Repartir hostias como panes”* -no decía. *“Lo que salga por ahí”* *“Pero ¿tiene alguna especialidad?”* *“Sí, claro: las Discusiones Teológicas en el Bizancio Paleocristiano”* *“Ya. ¿Y experiencia?”* *“Veinte años sanando almas”* *“Sí, eso”*.

Apura el colacao.

Sí, eso. Gracias, Espíritu Santo.

Ya te pillaré, pichón.

Un cuento de puercoespines

El Puercoespín A paseaba feliz por un claro del bosque cuando, de súbito, se encontró con el Puercoespín B.

El Puercoespín B no se esperaba el encuentro y, sin darse cuenta, disparó sus púas e hirió al Puercoespín A.

El Puercoespín B quedó desolado con su acción y se acercó al

Puercoespín A para pedirle disculpas.

Pero el Puercoespín A se temió un nuevo ataque y disparó sus propias púas, sorprendiendo al Puercoespín B con todas las defensas bajas.

Después cada uno se retiró a un rincón del claro para lamer sus heridas y espiarse a hurtadillas.

¿Por qué has hecho eso?

¿Yo? ¿Por qué me pinchaste nada más acercarme?

Me sorprendiste. Pero yo iba a pedir perdón.

Yo pensé que volvías para ensañarte.

Pues me has hecho daño.

¡Tú me has hecho daño!

Está claro que se trata de un malentendido. ¿Cómo podemos solucionarlo?

Y éste es exactamente el problema de hoy, queridos alumnos. ¿Cómo pueden nuestro Puercoespín A y nuestro Puercoespín B solucionar sus diferencias... y no dormir, una noche más, espalda contra espalda?

Simón Estilita

Simón Estilita pasó cinco años construyendo una columna en Tebaida. Quería tener un lugar prominente en la sociedad.

Cinco años vivió sobre la columna. Por encima de la gente. Cada vez más solo.

Cinco años más tardó el arquitecto que diseñó la columna en roer sus cimientos hasta que Simón cayó.

Simón lamió sus heridas. Se sacudió el polvo del batacazo. Echó a andar.

Cuarenta años menos un día duró el viaje de Simón por el desierto. Vivió rodeado de fieras, pero los ángeles velaron siempre por él. Cuando las torres de la Tierra Prometida se perfilaron en el horizonte el diablo vino a tentarle.

"Y después de tan dura travesía ¿esa es la recompensa que te espera? Que torres tan horribles, dudo que puedan darte la felicidad". "Apartaté de mi, tentador, pues está escrito que la belleza se encuentra en los ojos de quien mira".

Después de esto le transportó el diablo a la capital del reino, y le puso sobre lo alto del mayor rascacielos y le dijo: *"Si una vez vendiste tu alma a cambio de las alturas ¿por qué no puedes hacerlo de nuevo?".* Replícale Simón: *"Apártate de mi Satanás, porque he aprendido".*

Todavía le subió el diablo a un monumento muy encumbrado y mostróle todos los reinos del mundo y la gloria de ellos. Y le dijo: *"Todas estas cosas te daré si, postrándote delante de mí, me adoras".* Respondióle entonces Simón: *"Apártate de ahí, arquitecto, porque conozco tus obras y no puedes engañarme con palabras. Por ti construí mi columna, por ti me derrumbé contra el duro suelo. No voy a vivirlo de nuevo. Las torres de allí enfrente son las que hace cuarenta años salí a buscar y es justo que ahora las alcance. Quizás de sus fuentes no manen ni leche ni miel, pero hasta el vinagre sabrá dulce en mi boca porque esto es lo que yo he elegido".*

Con esto le dejó el arquitecto y Simón entró con sus ángeles en la Tierra Prometida.

Los lugares, hechos y personajes reflejados en este relato son fruto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Cordero Asado

Me gusta asar corderos. Es como follar. O como hacer el amor, que suena mejor. Como en todo, hay dos formas de hacerlo: puedes ir al hiper, trincar la última bandeja del estante, meterlo en el horno cuarenta-minutos-a-160° y a saco, Paco. Te sacia, pero no es lo mismo.

También puedes elegir tu pareja con mimo, conoceros despacio, deleitarse en los preliminares -ese ligar el majado poquito a poco, esas caricias para que la esencia empape bien la carne- y, a la hora de la verdad, no tener prisa. Iniciar a temperatura suave, que se vaya caldeando el interior. Jugar con la intensidad, subir la escalera juntos y

al final... todo fuego hasta que la piel churrusque y el corazón se derrita de pura ternura.

Y puede que hagas todo esto bien y el cordero te salga duro.

Se jodió.

Arroz con Bogavante

-En todo el levante se hacen unos arroces... cojonudos. Yo no puedo, ni quiero, imitarlos. Sería imposible. Ésta es otra tierra, otro agua, incluso otra manera de sentarse a la mesa. Después de muchos intentos yo he conseguido marcar mis propias estrategias para enfrentarme al arroz: no trato de reproducir los levantinos porque no tendría sentido. Los míos son arroces heterodoxos.

Llevaba tiempo sin verlo. Tras los saludos de rigor me dijo: “Estoy

haciendo un arroz. Vente, hablamos en la cocina”. Acepté encantado. He disfrutado a menudo de sus platos, pero, hasta entonces, nunca había sido invitado al sancta sanctorum de su taller alquímico.

-Lo explicó muy bien Julio Camba. El arroz, en cualquiera de sus innumerables tipos, sólo admite dos formas de cocción: o con muchísima agua o con la mínima imprescindible. Si haces un arroz blanco, prepárate a recoger toda la lluvia de abril. Pero si quieres saborizar un arroz tienes que ajustar al mililitro. Olvídate de las escalas de tacitas y todo eso: el arroz te lo pide. Y, claro, no uses agua del grifo. El arroz va a ser tan bueno como el caldo en que lo cocines.

Sirvió dos copas de verdejo. De fondo sonaba *Kind of Blue*.

-¿Ves esta olla?. Lleva más de tres horas a fuego lento. Tiene deshechos de pescado -morralla, espinas, cabezas, pieles, colas... . Tiene puerro, cebolla, zanahoria. Tiene vino blanco y el zumo de medio limón. Tiene laurel, estragón, clavo, pimienta en grano... Ninguna clase de arroz sabe a nada por sí misma. Has de utilizar un grano de cocción lenta para que adquiera la esencia de los ingredientes.

“ El otro elemento imprescindible es el sofrito. Cebolleta, puerro, pimiento. Muy, muy picaditos. Un buen tomate rallado, bien maduro. Ajo laminado tan fino como explicaban en *Uno de los nuestros*. Yo dejo la raba, pero puedes quitársela. Si lo cortas tan fino como es necesario, se fundirá en el aceite. Aceite de oliva virgen extra.

-¿Para el sofrito usas cebolleta?

-Sí. Para el caldo, cebolla. Tiene más cuerpo para aguantar una cocción larga. Pero para el sofrito, la cebolleta te da más sabor con menos cantidad. No es cuestión de estar masticándola al comerte el arroz: tiene que ser la cantidad justa. Como el puerro. Para el caldo puedes aprovechar también las hojas verdes. Para el sofrito, sólo lo blanco, lo más tierno. Añade apenas la parte en la que empieza a transparentarse el verde.

“Rehogas primero los langostinos en el aceite caliente -que sean hermosos: esto es una fiesta. Justo cuando empiezan a cambiar de color, los retiras. En ese mismo aceite pochas la verdura. Es el momento de escaldar el bogavante en el caldo; ahora sí, hirviendo a borbotones después de tamizarlo. Media cocción. Añades al sofrito un buen puñado de gambas y lomo de merluza desmenuzado. Remueve sin descanso. Añades unas hebras de azafrán. Haz, a tu gusto, una mezcla de pimentón dulce y picante. La añades a la paella fuera del fuego. Añades el bogavante troceado. Vuelves a poner al fuego y remueves más.

-¡Caray, vaya aroma!

- ¿Sí, verdad? Ahora viene lo complicado. Tienes el caldo, que has tamizado otra vez tras sacar el bogavante, bien caliente, en el fuego de al lado de la paella. Mojas la primera vez. Colocas los langostinos: ya no

se puede remover. Como mucho, agitar. No puedes retirarte del fogón. Debes ir añadiendo caldo según te vaya pidiendo, siempre lo justo. La temperatura no puede variar. Esto no son lentejas: si lo asustas, la pifias.

“ ¿Tiempo, dices? Ah, amigo: no lo hay. Depende de muchas cosas. La temperatura de cocción, al agua, el tipo de arroz... Yo, personalmente, busco un punto más allá del meloso sin que llegue a caldoso. El grano ha de estar crujiente por fuera y suave por dentro... la experiencia te enseña. Llegas a verlo. Antes de sacar a la mesa, debes dejarlo reposar unos minutos cubierto con un lienzo. Así cuaja.

“ Por supuesto, estos arroces no admiten espera ni recalentamiento. Son para un número determinado de comensales a una hora determinada. Diez, cinco minutos pueden suponer que todo el trabajo se vaya al garete.

“ No, no puedo darte a probar. Si quieres, lo encargas y lo preparo para ti -sonrió- Pero éste ya tiene dueños.

Y así me quedé: literalmente, con un palmo de narices. Porque sí, mi nariz pareció estirarse varios centímetros persiguiendo los efluvios que escapaban de aquella sartén cuando, camino del comedor, pasó por mi lado. ¡Hummm!

La recogí, mal que bien, y salí de la cocina pensando lo a gusto

que me hubiese comido yo un arrocito como ése.

En fin. Habría que poner remedio.

Hank

Para él, lo suyo no tenía mérito, como tampoco lo tenían los payasos tristes. Él, como ellos, se vestía de brillantes colores y salía frente a las candilejas a escenificar una pena exagerada. Un par de trucos aprendidos y la gente se rompía las manos aplaudiendo. Nunca viene mal ver a otro que sufre más que tú. Siempre es fácil pensar que los versos hablan de tu corazón.

“Tienes talento, chaval” -le dijo el feriante que le sacó del pueblo. Él sólo

cogía la guitarra y los dedos escuchaban los acordes en el viento. Como el viento parecía traerle las palabras sobre Sassie Mae, sobre Rosa Lee, sobre el tren de lejano destino o sobre el día aquel, uno de tantos, que buscó una moneda y sólo encontró un agujero en el bolsillo. Cierto es que cuanto más polvo del camino acumulaba su traje, más historias acudían a sus manos. Cuando era un crío, allá en la granja, su madre siempre les cantaba antes de acostarlos. Conocía cientos de canciones: leyendas de vaqueros, himnos religiosos, incluso sones de la vieja Europa. Él se sentía muy torpe por no poder memorizarlas. Por eso tuvo que inventar las suyas propias.

Sabía que estaba envejeciendo. La maldita tos y las pocas ganas de coger la carretera, también porque a menudo buscaba antes la botella que una buena mujer para pasar la noche. Cada vez más bazas la suerte le deparaba no una pareja, sino un trío: la copa, un tal Jack Daniels y él mismo. Hasta rodar bajo la mesa. Los payasos tristes siempre triunfan, pero los borrachos viejos son el blanco ideal para todos los golpes.

Hubiera cambiado todo eso que los otros llaman talento por retener a Sassie Mae, a Rosa Lee... a cualquier chica cuyos ojos no tuvieran el color del olvido. Y guardar las canciones para el fuego del hogar.

El viento no lo quiso así. Siguió soplando y soplando.

Mayor Tom

“Control de Tierra a Mayor Tom: es hora de abandonar la nave...

si reúne el valor para ello”

Perdí mucho tiempo intentando desentrañar los nudos del bordado, los puntos cardinales que iniciaron el dibujo extendido ahora ante mi: fue imposible. Tal vez no existan. Tal vez el destino sea más como una gota de agua deslizándose sobre el embaldosado. La gota piensa que es su decisión elegir un canal u otro. En realidad, la trayectoria se define

por leyes físicas más allá de su comprensión. Masa. Fuerza motriz. Vector de desplazamiento. Quizás la gota inventó divinidades para encontrar respuestas.

En mi caso, las leyes que han marcado mi vida se llaman Ansia y Hastío.

Nací en la Madre Tierra y fui feliz allí, como una cobaya de laboratorio que no sabe si hay algo más tras los barrotes. La jaula era mi jardín del Edén y las briznas de paja esparcidas por el suelo, obsequios de un dios benefactor garante de mi felicidad. No tenía problemas para relacionarme con otras cobayas: a nadie le faltaba abrigo ni alimento, todos nos sabíamos miembros del pueblo elegido. Una noche como tantas, de risas y conversaciones banales, mi amigo Yuri se alzó sobre los cuartos traseros y señaló algo más allá de la jaula. Por un ventanuco del laboratorio que alguien olvidó cerrar despuntaba un retal de cielo estrellado. “Mirad: la luna” – dijo - “¡Qué hermosa es!” “¿La luna?” - me pregunté. Y en ese preciso instante vi la suciedad de la paja sobre la que nos revolcábamos.

Luché por entrar en la Academia Interespacial y, una vez dentro, seguí luchando para alcanzar los puestos de vuelo. Los alumnos éramos como remeros en una galera, dispuestos a entregar a un compañero sin piedad a los tiburones si eso nos suponía avanzar en la bancada. Sí, el barco se movía sólo con el esfuerzo de todos, pero todos ansiábamos estar arriba aún a costa de pisar la cara de quien sudaba a tu lado. La relación con los cómitres era un puro Síndrome de Estocolmo: les odiábamos hasta el tuétano del último hueso, pero acatábamos la peor

bajeza a cambio de una ligera mueca de aprobación. Sabíamos que era lo que había que hacer. Nuestro deber. Aún les odio. Nunca hice nada por romper las cadenas.

Tras la graduación, mi primer destino fue en la patrulla de fronteras. Ansia de espacios abiertos y una nave para mí solo. Pasé de galeote a joven y arrogante Simbad, donde cada misión era un nuevo puerto en algún lugar del mar infinito, una oportunidad para llenar mis ojos de exotismo y el zurrón de historias que contar. Yo bailé en los salones de Marte. Sobrevolé los Valles de Neptuno. Crucé las puertas del Tanhauser y vi la cara oscura de Orión. Sólo yo y millones de kilómetros por delante... hasta que la rutina los convirtió todos en uno. Entonces volví a casa.

Solicité – y conseguí - plaza en el Proyecto “Naves Silenciosas”, un programa diseñado para salvaguardar la riqueza vegetal de una Madre Tierra donde la contaminación está acabando con todo. Consiste en un centenar de plataformas orbitales, cúpulas – invernadero, donde almacenamos muestras de bosques, huertos y selvas con la esperanza de poder replantarlas algún día en terreno propicio. Mi estación, la “Valley Forge”, es de tamaño medio, con una tripulación formada por tres humanos y una docena de robots de mantenimiento. Un hermoso trabajo: albaceas y al mismo tiempo únicos beneficiarios de una herencia que muchos en la Tierra no han llegado a conocer y otros tantos ya han olvidado. Por si todo sale mal guardo instantáneas de lo que ha sido. Ellas hablarán por mí. La vida en la plataforma ha sido como el juego del Tetris: en un principio, las piezas encajaban casi por sí solas o con mínimos ajustes; pero, a partir de un cierto momento - ¿un nudo en el tapiz? - todo se nos fue de las manos. No puedo entenderme

con los otros humanos y charlar con máquinas a las que tú mismo has programado las respuestas no es una gran opción. Me he hastiado de ellos. Me he hastiado de ver crecer a los pepinos.

Desde entonces paso cada vez más tiempo en el exterior, ocupado en reparaciones que yo mismo hago necesarias. Como Penélope. Floto en el espacio apenas sujeto por un frágil cordón umbilical que me une a la plataforma, a la humanidad, a la muy lejana Madre Tierra. Es tan liviano... Miro hacia el abismo y el abismo me devuelve la mirada. Espera tranquilo ante su taza de té y una bandeja con pastas.

Hoy sé que el brillo de las estrellas nunca será como antes.

Guardo en mis manos la tijera.

Elegí como Dios a quien me juró que no había nada después de esto.

Viseu

En Viseu cené donde Hilario, una pequeña tasca mismo a espaldas de la Catedral, en las callejas de la antigua judería. No me compliqué: pedí bifes ao vinho, acompañados de las siempre generosas guarniciones portuguesas y vino de la región. Luego un trozo de tarta, una copa de oporto y café. De las paredes cuelgan reliquias de los pioneros del fado. Quedé muy satisfecho. Comida honesta en un local gestionado por toda la familia. Amabilidad real y orgullo por un trabajo que se nota les sigue emocionando.

Mi visita fue demasiado breve, como me suele pasar. Viseu es la

capital del distrito del mismo nombre, en la antigua región de Beira Alta. Se llega atravesando sierras de no mucha altura - la de la Estrela, Caramulo - pero con valles profundos, donde las autovías favorecen unas comunicaciones que antaño debieron ser complicadas. Aquí, en quintas llenas de fantasmas y en bancadas no muy diferentes a las de nuestra Ribeira Sacra, se cultivan los extraordinarios caldos de Dáo tan relacionados con el fin último de mi viaje.

La ciudad en sí es moderna, funcional. También mantiene en su caso viejo ese - perdonen el tópico - aire melancólico tan propio. Quizás en eso nuestros vecinos lo han sabido hacer mejor que nosotros. Paseo por el sempiterno empedrado, dejándome sorprender ya por una ventana manuelina, ya por el escaparate de una funeraria. Hago una nueva entrada en las páginas de mi agenda reservadas para los "*lugares donde regresar*".

Cada vez son más. Ya no viajo tanto como quisiera. Yo, que llegué a necesitar una cama conocida más que el aire para respirar, ahora me falta el tiempo. Tengo la sensación de llegar siempre con prisas; de asomarme apenas al sitio y llevarme unos cromos para un álbum que no quiero completar nunca.

Fui a Viseu para matar a un hombre. Llegué a media tarde. Di un paseo. Gené. Me acosté. A las siete de la mañana el tipo ya estaba tirado a la puerta de su casa con dos balazos en la cabeza. Oí misa en la Iglesia de la Misericórdia. Después crucé la frontera. Los chicos nuevos han jodido este negocio. Con los precios tan bajos no queda otra que reducir costes: se acabaron los seguimientos, las largas vigilancias. Y que no haya problemas con el pago. Llegas, haces el trabajo y te largas. A dormir, a casa.

"*Lugares donde regresar*": sí, para vivirlos. Para recuperar el tiempo.

Artistas

Era un pintor mediocre menor. La Crítica decía que en sus lienzos siempre acababan por aparecer apuntes de talento – una pincelada vigorosa, un *sfumato* audaz – que lo alejaban de la Gran Mediocridad, aunque no tanto como para acercarlo a la Medianía. Conviene saber que sus críticas las hacía él mismo, con lo que la objetividad de esos golpes de talento pudiera quedar en entredicho.

Una vez imaginó su Gran Obra: un enorme mural con armonía,

melodía y sentido, todo un poema sinfónico del tiempo estampado en la pared. Y así empezó a tirar líneas y a perfilar espacios y cada pieza encontró su lugar en una composición coherente y fluida, tan llena de aroma y sabor como un puchero que durante horas bulle sobre los rescoldos de la cocina.

Y antes del séptimo día – pues era un poco vago – descansó, dio un paso atrás para ganar perspectiva y vio que su obra era buena – o creyó que era buena.

Pero pensó que él ya había visto ese cuadro. Y mejor pintado.

Pero también pensó que eran cosas suyas. Y continuó el trabajo.

Hasta que un día – por entonces ya había perdido la cuenta y le era imposible saber si era el octavo o el tricentésimo septuagésimo nono – una de las piezas se atascó y no fue capaz de atinar con su sitio. Quiso saber si alguno entre los viejos maestros tuvo un problema similar y, sobre todo, cómo pudo resolverlo. Bajó del desván sus libros de referencia y – no recuerda con claridad – en el segundo o tercero que consultó topó con su obra. Tal cual, pero mejor de lo que el nunca conseguiría.

Lo peor fue recordar cuánto le gustó cuando por primera vez se cruzó con ella. Y su olvido después – hasta el punto de llegar a creerla producto de su imaginación.

Era un pintor mediocre menor. En su obra siempre acababan por aparecer apuntes de talento – una metáfora chocante, un contra plano inesperado...

Pero no eran suyos – o nunca del todo suyos.

Espejos

Soy el que nunca se divierte en las fiestas. Soy la mirada cejijunta, el gesto de hastío impostado. Soy la mala noticia, soy quien te la cuenta, soy el consuelo de puñada por la espalda.

Soy rencor de hollejo macerado. El que atesora los reproches. El de la frase cortante ante la sonrisa. El aliento de la hiena.

Soy el pleito, el desacuerdo; la envidia si hubiese algún motivo. Soy carcelero de la verdad absoluta: mis palabras son arpones y la aniquilación definitiva del contrario, el ansia que me guía.

Soy la viga en el ojo, la inquina contra Job, el ángel que marca los dinteles, la maldición de Babel.

Soy yo.

Soy tú.

Míranos.

El Juicio Final

Recordaba con certeza el momento exacto en que se tomó la fotografía: retrato de pareja joven sobre cielo sin nubes. Él la abrazaba desde atrás. El nudo de la corbata torcido, los ojos entrecerrados en una sonrisa traviesa, conseguían desaliñar el impecable peinado de peluquería. Ella, con la cabeza recostada sobre el pecho de él, mostraba la curva del cuello hasta bien entrado el hombro. El blanco del vestido parecía anunciar una transfiguración inminente.

La ceremonia no escatimó ni un solo lugar común, pero ellos – y algunos de los co-protagonistas – la vivieron como si fueran pioneros. La madrina lloró. El primo berreó. Los niños se aburrieron. Hubo quien se rió a destiempo. Y los nervios, claro. Tras el arroz y el carnaval lisérgico de parabienes en la puerta de la iglesia, él, ella, el cuñado – chófer oficial de los novios – y el fotógrafo se fueron a la rosaleda en un Citroën DS alquilado para inmortalizar el acontecimiento. El fotógrafo, más joven y jipi que ellos, sacó unos cigarrillos de grifa. El cuñado fue al kiosko junto al estanque a comprar cervezas. “*Éste va a ser vuestro único momento relajado en todo el día*” - dijo el fotógrafo - “*Disfrutadlo*”. El Citroën tenía un casete ocho pistas y un solo cartucho: los Grandes Éxitos de los Beatles interpretados por la orquesta de Ray Conniff. Abrieron las portezuelas y dejaron volar la música por todo el jardín. Los paseantes domingueros se rieron con ellos - ¡Vivan los novios! ¡Vivan!. Tras esa foto, ella se giró entre sus brazos y lo besó en los labios una vez más. “*Voy a hacer de ti el hombre más feliz de la tierra*” - dijo. Sonaba entonces el obladí obladá.

La vida, o tal vez algún tipo de fuerza centrífuga, los había diseminado por las cuatro esquinas del reino. Aún así todos los hijos consiguieron llegar a tiempo para reunirse ante el lecho de su padre. Él, apenas ya un montoncillo de pellejo, venas y huesos, fue quien mantuvo viva una conversación llena de nimiedades. De nietos. De juntarse siquiera unos días el próximo verano en la casa del abuelo. Ella pasó todo el tiempo junto a la ventana. Con los nudillos mordisqueados miraba, sin ver, la puerta del hospital a través de las persianas. Cuando terminó la hora de visita él pidió que los dejaran un momento a solas. Ella se sentó en el borde de la sábana con una sonrisa llena de temblores. “*Aunque todo termine esta noche*” - dijo él - “*habrá merecido la pena*”. Y ella se recostó en su regazo, también para ocultar unos ojos

arrasados. Todo acabó esa noche. Una hemorragia masiva inundó sus pulmones y murió antes del amanecer. A ellos les dieron la noticia en la sala de espera de la UCI. Sin tiempo para una despedida más.

Habían vivido escasos, puntuales instantes de felicidad. Fueron más – tampoco tantos – los periodos de placidez entre tormentas. A ella los partos le deterioraron el cuerpo de tal manera que su cotidianidad se convirtió en una sucesión de dolores sin lugar para el entusiasmo. Quedó el rencor, un rencor indefinido y silencioso contra todo y contra todos. La menopausia lo hizo más difícil. Él siempre creyó que intentaba ser un buen padre y un buen marido; pero, en realidad, la mayor parte de las veces osciló entre la condescendiente paciencia y el escapismo. El trabajo le fue muy útil para mantenerse escondido.

En una revisión de rutina a él le descubrieron algo que requería análisis más profundos. A ella la citaron después en consulta. “*Su marido morirá en tres meses. No hay nada que podamos hacer*”. Un viejo tópico dice que, en el instante de la muerte, tu vida entera pasa ante tus ojos en cuestión de segundos. Durante tres meses, mientras él se consumía en una anhelante esperanza, ella revivió todo su matrimonio. Cada minuto, cada alegría, cada decepción. Cada reproche y cada conversación inacabada. Cada acción y cada omisión. No juzgó a los culpables – ellos mismos. Fueron dos niños ante un juguete incomprensible y no supieron esquivar ninguna trampa. En cada recuerdo revivido se convirtió en la narradora omnisciente, capaz de entender los sentimientos, los errores de los dos. De desentrañar el mecanismo de la ruina. Se colmó de piedad por los dos imbéciles que habían sido. Y de ternura. Él, de alguna manera, pudo percibirlo. Ella nunca le dijo que se moría. Él tampoco. Estuvieron juntos.

Tras el entierro vio muy claro cómo había de ser el resto de su tiempo. Le llevó algunos meses resolver los aspectos prácticos y más convencer a sus hijos de que no era una rendición ni un abandono. Se alejaba para estar más cerca. Se alejaba para poder amar.

El taxista hizo sonar el claxon en la calle. Ella, desde el centro del salón, miró su casa por última vez. Guardó la foto enmarcada en la bolsa de viaje. Cerró la puerta con llave.

Y marchó.

Sumario

Un final.....	2
Amistad.....	5
La Vasija de Garbanzos.....	7
Un trago para el camino.....	9
Mal Santa.....	12
La mujer de su vida.....	14
El libro de instrucciones de la vida.....	16
La luz, la luz.....	18
Un cuento de puercoespines.....	20
Simón Estilita.....	22
Cordero Asado.....	25
Arroz con Bogavante.....	27
Hank.....	32
Mayor Tom.....	34
Viseu.....	38
Artistas.....	40
Espejos.....	43
El Juicio Final.....	45